

LA PALABRA DE BECKETT



Yvonne Cansigno

Lenguaje y ficción caracterizan la obra de Samuel Beckett, escritor irlandés y figura representativa del nuevo teatro de los cincuenta.

Sus novelas, fábulas o piezas de teatro recrean ese universo donde la intriga y los personajes se reducen, se desintegran poco a poco (es el caso de *Murphy*, *Molloy*, *Malone muere*, *El in-nombrable*), donde los personajes se encuentran generalmente frente a la muerte; no se sabe nada de su vida pasada, nada pasa y, sin embargo, la cruda realidad y el vacío de la existencia humana están siempre presentes.

Podemos mencionar que este estilo peculiar se manifiesta también en otros escritores, tal es el caso de Antonin Artaud con su teatro de crueldad, y en el orden novelístico la narrativa de Joyce y Kafka.

Sobresaltos, en particular, es un relato breve que sugiere esa desintegración e incertidumbre que un ser experimenta en la soledad absoluta.

Ese desmoronamiento brutal donde espacio y realidad se consumen, perdiéndose la noción del tiempo.

Su personaje se va desmoronando a través de tres momentos significativos de la narración:

UNO: Sentado una noche a su mesa con la cabeza en las manos se vio levantarse y partir. Una noche o un día. Pues aunque apagada su luz no se quedaba a oscuras'(...)

Esta primera parte del libro encierra una serie de antagonismos —sentado se vio levantarse y partir—: una noche o un día —aunque apagada su luz no se quedaba a oscuras. Movimientos que son y a la vez se confunden en no serlo.

Un solo nombre aparece en esta primera sección: Darly, quien representa el ser amado (ella); asimismo simboliza la ausencia, el abandono, la muerte y la soledad para el protagonista del texto.

Luego todo como antes. Los toquidos y los gritos como antes y él como antes ya allí, ya ausente ya allí nuevamente ausente. Luego nuevamente como antes.

Desaparecer y reaparecer, en un encabalgamiento de enunciados repetitivos frecuentemente cuyo eco es una voz constante que nos envuelve preguntándonos cuál es el origen de esos toquidos y esos gritos que le angustian.

Con el párrafo final de esta parte:

Y paciencia esperando el único verdadero fin de las horas y de la pena tanto de sí como del otro es decir la suya.

Un desenlace donde la pérdida que acosa al personaje se llega a percibir como un desdoblamiento para verse a sí mismo sin verse.

La segunda parte se inicia de la siguiente manera:

Como alguien que posee toda su cabeza nuevamente fuera en fin sin saber cómo se había encontrado tan poco tiempo antes de preguntarse si poseía toda su cabeza (...) y no había vivido más de seis o siete horas del reloj antes de comenzar a preguntarse si poseía toda su cabeza (...)

La noción del tiempo aparece aquí; sin embargo el dilema de los espacios y lugares vividos por el personaje son reales y a la vez oníricos, encallados por su cuatro paredes, donde los recuerdos de su interior se conjugan con su pena.

La narración no permite ver claramente si sus desplazamientos a los prados o a las ruinas son efectivos o se perciben como espacios imaginarios en un espacio real, pero se siente la soledad y desesperación del protagonista.

La tercera y última parte del libro sitúa al personaje en el mismo lugar del inicio del libro:

(...) se encontraba inmóvil en el mismo sitio y doblado en dos y sin cesar en sus oídos desde lo más profundo de sí apenas un murmullo oh sería tal y así una y otra vez no se encontraba ya si se da crédito a sus ojos allí donde nunca antes? (...)

Es necesario señalar que el espacio onírico o imaginario comunica una situación subjetiva del mundo, vista y experimentada por la psiquis del protagonista y donde los espacios real e imaginario se encuentran, pues, asociados e integrados al personaje.

Esto es una figura que se desplaza en vigorosas cabalgatas hacia una *debacle*.

Se diría un ser que se va desmoronando en un proceso irreversible, donde las posibilidades de la comunicación van siendo corroídas, las fragmentan, las aniquilan hasta convertirlas en un monólogo cuyo significado se explica en enunciados que se repiten, que se tornan circulares y a la vez cerrados sobre sí mismos.

A partir de esto, Beckett se refiere a un inmovilismo y a una paulatina degradación de la condición humana.

Recordemos que de su personaje no se sabe nada, no tiene nombre, podría atribuírsele un nombre, un lugar o una historia. No sabemos a quién se dirige, sólo vierte sobre él mismo tres momentos de pesimismo donde su figura se va diluyendo, se va apagando.

Los héroes de Balzac son totalmente contrarios a los personajes de Beckett. Balzac los caracteriza con un ímpetu, una avidez y una convicción certeras; en cambio Beckett los inunda de placidez, saciedad y duda, como pretendiendo sacudirlos en una catarsis existencial o tal vez en una ensoñación impredecible.

Sobresaltos contempla con esta figura un desgarró total, una desdeñosa incertidumbre, la agonía que se va tocando apenas con el espíritu, donde el silencio está aprisionado en el interior de las palabras.

En todo caso, cabría preguntarse si se trata de la voz de un escritor que anuncia, inexorablemente, su propia muerte y la de su especie, que describe ese lento descenso hacia la nada, atravesando

por el sufrimiento, la caducidad y la desesperación. Me hace pensar en la *Metamorfosis*, de Kafka; en el *Extranjero*, de Camus; o en el héroe de la *Náusea*.

Un espacio donde la luz y la oscuridad, el día y la noche, la vida y la muerte, vagan en la densidad triste y melancólica que separa la existencia de la nada.

El personaje carece de la responsabilidad de sus actos, se sitúa fuera del tiempo y del espacio, flota en un espacio sin límites donde la luz no se modifica, pero su mirada, de algún modo, lúcida, percibe ese fin ignominioso que simboliza la muerte.

Para terminar, cabe señalar que esta historia ilustra también la crisis y la desintegración de un lenguaje desarticulado, breve, seco, como si Beckett quisiera alcanzar los límites extremos en un dilema trágico a través de sus frases sin objeto ni causa, proclamando el fin de un hombre al cual nada ni nadie —y menos aún el lenguaje— puede servirle de ayuda; y donde el personaje, al final del libro, evoca, en cierta forma, el pesimismo y el nihilismo del autor.

Samuel BECKETT, *Sobresaltos* (traducción de Antonio Marquet), México, UAM-Azcapotzalco, 1991.